




CAPITULO DÉCIMO-OCTAVO

El Congreso de Verona.

 El triunfo de sus planes en Troppau y Laibach y las fáciles victorias de Austria sobre napolitanos y piemonteses, habían elevado á su apogeo el crédito de Metternich, quien como puede verse en sus *Papeles póstumos*, no encontraba términos bastante encomiásticos para glorificarse á sí propio. El vanidoso canciller estaba tan engreído que, en una carta escrita al conde de Stadion el veintiuno de Abril de mil ochocientos veintiuno, después de participarle que las tropas rusas, puestas en marcha para ir en auxilio de los austriacos, se habían detenido, agregaba: «Si no hubiese sido dueño de hacerles retroceder del mismo modo que las hicimos avanzar, ¿cree usted que habría dado un solo paso?» Ministro universal de Europa, jactábase de ir pisando los talones á los liberales. «¡Pobres gentes! exclamaba... Las revoluciones están de capa caída... La moda de defenderlas pasará también, como la de defender la virtud de la reina Carolina de Inglaterra... Carecerán de consistencia... Serán semejantes á las miradas de las viejas coquetas... Hemos ejecutado grandes y hermosas cosas». Para bien de la civilización y del progreso, su fatuidad engañaba á Metternich, y él mismo debía reconocer, á los pocos meses, que la obra que perseguía no estaba tan adelantada como creyera, pero, fijándose en las apariencias, habriase dicho que sus palabras iban á recibir plena confirmación de los hechos.

En Alemania era el canciller árbitro de la política, y lo fué mucho más aún en Italia, desde el congreso de Laibach. En el reino lombardo-veneto, se organizó un verdadero ojeo contra los hombres de ideas liberales y sentimientos patrióticos, y cuanto más emi-

nentes eran, con tanto más placer cebaba en ellos su fiera saña el despotismo. El escritor Silvio Pellico, después de estar cuatro meses, con doce de sus compañeros de infortunio, en los horribles calabozos de Venecia llamados *Bajo los plomos*, fué conducido al patíbulo, y sólo allí le comunicaron que se le había conmutado la pena de muerte por la de encierro indefinido en la fortaleza de Spielberg, de donde no salió sino por efecto de la revolución de Julio. En la misma fortaleza fueron recluidos Paflavicino, Confalonieri, Bosieri y Castiglia, y lo que allí sufrieron aquellos varones generosos, con qué dureza se les trató y cuantas amarguras devoraron, lo expuso elocuentemente Pellico en su libro *Mis prisiones*, que arrancó á Europa gritos de indignación y de piedad. Nápoles y el Piemonte siguieron ocupados por fuerzas austriacas, como sabemos, destinadas á reprimir las intenciones y desbaratar las conspiraciones liberales, y más todavía, á dejar libres las manos á la reacción, que en el reino de Nápoles rayó en ciego frenesí. Colletta, el historiador de aquellos tristes sucesos, dice que la reacción costó la vida á más de ochocientas personas, sucumbiendo muchas al rigor de los tormentos que les aplicaron en el curso de la causa, pasaron de mil los oficiales y funcionarios civiles destituidos, y cuando el rey Fernando, apremiado por las potencias, tuvo que conceder una amnistía, la redujo á su más mínima expresión. El gobierno, bajo el peso de la execración universal, cayó en la abyección y bajeza más repugnantes. En la corte reinaba un libertinaje sin freno, y todo eran conjuras, traiciones y ejecuciones: «no había nada tan menospreciado como las leyes.» En Cerdeña, además de fulminarse las condenas de que dimos noticia en el capítulo precedente, se cerraron las universidades de Turín y Génova por un año, y el príncipe Carlos Alberto estuvo á punto de ser excluido de la sucesión á la corona, que el rey Carlos Felix quería pasase al duque de Módena, el más indigno de los soberanos de Italia. De todos estos, el único que no consintió avasallarse del todo á los ultra-reaccionarios, fué el gran duque de Toscana, que admitió en su territorio á los desterrados y fugitivos políticos de otras partes, como Poerio, Colletta, Guillermo Pepe y otros.

Y sin embargo, tanto en la Península Italiana como fuera de ella, la abominable política de Metternich era impotente para extinguir en el alma de los pueblos el ansia de libertad y el odio al despotismo. Metternich lo confesaba á fines de mil ochocientos veintiuno. Un bien inmenso, escribía á Stadion, acaba de operarse y nos pone en condiciones de vivir;... pero no hemos dado un sólo paso más allá de esta posibilidad... El mal ha alcanzado proporciones gigantescas. El espíritu público está corroido por la gangrena. Basta observar las disposiciones de nuestra propia capital. Está usted cierto de que en Viena como en París, en Berlín, en Londres, en toda Italia y en Alemania, en Rusia como en América, nuestros triunfos se reputan cual otros tantos crímenes; nuestras concepciones cual otros tantos errores, nuestras miras cual otras tantas locuras criminales.... El encanto se ha roto. *Todo está por hacer.*

No eran vanas las aprensiones del orgulloso canciller. En Alemania, algunos soberanos defendían con firmeza las instituciones representativas que habían otorgado á sus súbditos, y los partidos constitucionales se aplicaban á inculcar en el pueblo hábitos políticos, vencer resistencias, extender las prerrogativas de las cámaras, crear una opinión. Aunque pareciese que se olvidaban de trabajar en pro de la unidad germánica, no era así, en verdad; sólo que pensaban, justamente, que el mejor medio de fundar un Estado consistía en formar una nación, y si volvían los ojos á Voltaire y los enciclopedistas, era con objeto de combatir á Haller y Schlegel. Las fantasías de los místicos y las puerilidades sentimentales de los estetas habían concluído por aburrir á todos. En el fondo, la misma teoría de Hegel, á pesar de sus exterioridades conservadoras, envolvía una protesta, en nombre de lo presente, contra las insensatas empresas de los apóstoles de la Edad Media: aun antes de ser interpretada por discípulos radicales, su doctrina estaba henchida de enseñanzas revolucionarias. Hasta en los románticos, no pocos limitaban sus pretensiones y moderaban sus ímpetus al contacto de la realidad. De la iglesia de los profetas, que se habían lanzado en busca de la verdad absoluta, se disgregaba una escuela de eruditos reflexivos y laboriosos. Savigni fundaba, con Eickhorn, el *Diario de la ciencia histórica del Derecho*, para estudiar en sus manifestaciones sucesivas el alma de los pueblos, de la que surgen, á su juicio, mediante un trabajo inconsciente, las costumbres y la jurisprudencia. A las intuiciones de Creuzet, oponían Muller, Boeckh, Hermann y Becker sus investigaciones minuciosas y precisas; los hermanos Grimm oíaban la gramática histórica; Bopp, la filología comparada, y Guillermo Humboldt, la lingüística. La agitación unitaria y democrática renacía en varias partes; nuevas sociedades secretas, el *Mænnerbund*, el *Jungenbund* y otras alistaban en sus filas á la juventud universitaria, en nombre de la libertad. Jena, Darmstadt, Stugard se convertían en focos de una propaganda activa, que recibía también refuerzos de Suiza, á donde se habían refugiado los escritores y los conspiradores más amenazados por la comisión inquisitorial de Maguncia. Por último, atrevidos economistas, como List, conmovían á la nación demostrándole las ventajas que resultarían para ella de la unión comercial, y ya sus escritos preludivan el *Zollverein*.

Y si de Alemania se tornaban las miradas á Francia, el espectáculo que se ofrecía no era más tranquilizador para los absolutistas. Con la muerte del prisionero de Santa Elena, había resucitado súbitamente el partido bonapartista. El fin trágico de aquel carácter poderoso realzó portentosamente la personalidad y dió nuevo y mágico sonido al nombre de Napoleón. El naciente arte de la litografía multiplicó de un modo prodigioso las representaciones de las recientes hazañas, y el pueblo, que comparaba los grandes hechos de las armas imperiales con las pequeñeces de la política al uso, se estremecía de dolor y de cólera. Nació de esta manera toda una literatura bonapartista, que glorificó

al difunto César, transformándolo en genio pacífico y liberal, que había sido arrastrado á la guerra por la perfidia de sus enemigos y que, si en Francia ahogó momentáneamente la libertad, era con el pensamiento de restablecerla sobre las bases más amplias y sólidas cuando las circunstancias se lo permitiesen. Merced á esta transfiguración del terrible déspota, pudo verificarse la alianza del bonapartismo y el liberalismo, ya iniciada en los Cien días, á pesar de la incompatibilidad intrínseca existente entre ellos. El lazo que los unió fué el odio común á los Borbones. Cada uno de los dos partidos procuraba naturalmente servirse del otro en provecho de sus fines particulares; pero, ello no obstante, en no pocos liberales, sobre todo, de los independientes, hubo una especie de conversión hacia el culto napoleónico, según es fácil ver en los artículos publicados en el periódico *Minerva*, órgano de Benjamín Constant. Este culto inspiró á Víctor Hugo su célebre oda á la columna Vendome. Uno de los que más contribuyeron á la fusión de tantos elementos heterogéneos fué Lafitte, que, nacido en humilde cuna, se había enriquecido con su trabajo y su talento al punto de ser el primer banquero de París. Despreciando los agasajos de la corte y ganoso de popularidad, hubo de erigirse en protector de los literatos y de los descontentos políticos. En fin, junto á la labor pública de liberales y bonapartistas, estaba la clandestina de las sociedades secretas, de cada vez más pujantes y mejor organizadas.

Con todo, en los países que acabamos de nombrar, el fuego se hallaba en estado latente; era una amenaza, no un peligro inmediato. Mucho más grave se presentaba la situación en la Península Ibérica, con sus posesiones de América, por una parte, y en la Península de los Balkanes, por otra: vastas regiones donde flameaba el incendio con inusitada violencia.

En España, reunidas las Cortes el nueve de Julio de mil ochocientos veinte, habían demostrado gran actividad y celo por el bien público. Privaron de sus derechos civiles á los diputados persas de mil ochocientos catorce; permitieron á los afrancesados volver á Madrid; suprimieron los mayorazgos y las órdenes militares, y pusieron en vigor en las universidades el plan de estudios de mil ochocientos siete. Desde los primeros momentos, pudo observarse la existencia en las Cortes de dos partidos liberales, que, sustentando en el fondo idénticos principios, estaban muy distantes en las apreciaciones y en los medios de gobierno. Formaban el uno, al que empezó á darse el nombre de *moderado*, los doceañistas ú hombres de mil ochocientos doce, en quienes con el correr del tiempo se había entibiado el calor de la juventud: á su frente figuraban el conde de Toreno, Martínez de la Rosa, Tapia, Villanueva y otros. El segundo partido, de los liberales nuevos ó *exaltados*, se componía en su mayor parte de gente moza y entusiasta, educada en las logias y sociedades secretas, aunque tampoco faltaban entre ellos representantes de la gloriosa época constitucional anterior, como Calatrava, Florez-Estrada y otros, que con Romero

Alpuente, Moreno-Guerra, Palarea, Istúriz y muchos más, acaudillaban la lucida falange. Hay que advertir, sin embargo, que tanto los moderados como los exaltados estaban acordes en no modificar el código político en artículo alguno, reputando por crimen el tocar un solo ápice de la Constitución gaditana.

Desconfiados los liberales con sobrada razón de Fernando VII y trabajando bajo cuerda los agentes del absolutismo, disfrazados de ardorosos patriotas, para enardecer más las pasiones, el orden se turbó alguna que otra vez. Riego fué acogido en el teatro con el famoso *Trágala*; los ministros creyeron deber destituirle, el pueblo se amotinó en su favor. El Rey partió al Escorial para preparar un golpe de Estado, y el diez y seis de Noviembre don Gaspar Vigodet, capitán general de Castilla la Nueva, recibió la visita de don José Carvajal, á quien el rey había nombrado en lugar suyo. Como la orden no iba refrendada por el ministro del ramo, Vigodet rehusó cumplimentarla. La noticia circuló pronto por Madrid, y la diputación permanente de las Cortes y el municipio llamaron al Rey, que regresó á la corte el veintiuno de dicho mes. Insultado por la multitud, se retiró del balcón de palacio, entrando exasperado en sus departamentos.

La división entre moderados y exaltados se hizo más profunda. Para contentar á los últimos se confió á Riego la capitania general de Aragón; pero ellos no depusieron su actitud hostil, fundando por entonces el club intitulado la *Cruz de Marta* y la sociedad secreta de los *Hijos de Padilla*. El tesoro estaba exhausto, y el gobierno y las Cortes, así para arbitrar recursos como para sancionar en la práctica el principio de la igualdad ante la ley, abolieron los privilegios de la nobleza, sometiéndola á los impuestos que pagaban los demás ciudadanos. La Iglesia poseía gran cantidad de bienes, que en vez de emplearse en el objeto á que fueran destinados, sólo servían para fomentar los vicios y la indolencia del clero; en su vista, incautóse de ellos el Estado. Estas medidas y la supresión de la Compañía de Jesús y de las demás órdenes y conventos, con excepción de los de frailes mendicantes; la limitación de la jurisdicción eclesiástica; la prohibición de que una persona poseyera varios beneficios y la de adquirir inmuebles las manos muertas, fueron, apenas votadas, la señal de encarnizada lucha. Fernando VII se resistió á aceptar algunas de estas leyes, pretextando escrúpulos de conciencia; pero la actitud amenazadora del pueblo le obligó á ceder. Desde entonces, el Rey, la corte y el clero redoblaron su actividad, sus intrigas y sus trabajos de zapa.

El primero de Marzo de mil ochocientos veintiuno, abrió el rey con toda solemnidad la segunda legislatura de las Cortes. En el discurso de rúbrica, el monarca afirmó que sus deseos se ceñían á labrar la felicidad de la patria y al afianzamiento de las nuevas instituciones, manifestando también no extenderse á España la resolución adoptada por las grandes potencias del norte de intervenir en los asuntos de Nápoles; mas, en seguida, agregó algunos párrafos de su propia cosecha, quejándose de que sus ministros no

protegían la inviolabilidad de su persona, de los insultos y desacatos con que se atropellaba su dignidad y decoro, é invocaba, en su conciencia, el auxilio de las Cortes. Oyeron estas consternadas á Fernando VII; el sabio y prudente Argüelles, indignado de tamaña afrenta, se disponía á dimitir; el Rey no le dió tiempo para hacerlo, exonerando á sus consejeros y sustituyéndolos por de pronto, con los primeros oficiales de las secretarías. El nuevo gabinete tuvo un carácter más moderado que el anterior; pero, aunque compuesto de personas honradas y amantes de las leyes, ni era bienquisto del Rey, que lo nombrara, ni de las Cortes, que lo recibieron con frialdad. La plebe, cuyos fieros instintos y desordenadas pasiones atizaban los realistas, se entregaba con frecuencia á alborotos y desmanes, y como viese que se trataba con excesiva blandura al cura Vinuesa, acusado de conspirar contra la Constitución, penetró en la cárcel y le dió muerte. No estaba satisfecho el gobierno con que Riego, de quien desconfiaba, desempeñase la capitania general de Aragón, y lo destituyó: los exaltados, heridos en la persona de su principal jefe, contestaron con algaradas y pronunciamientos.

Las Cortes, mientras tanto, realizaban importantes reformas. Se redujeron los diezmos á la mitad; los gastos é ingresos se regularon con sumo tino, y una ley de instrucción pública organizó la enseñanza oficial y la libre, reservando al Estado la colación de grados. En todo lugar de cien vecinos debía haber una escuela elemental; la segunda enseñanza corría á cargo de las provincias, y la superior se había de dar en las diez universidades de la Península y en las veintidós de Indias: la ley decretaba, además, la creación de ocho escuelas especiales. En otra legislatura extraordinaria, que celebraron el mismo año, dividieron las Cortes el territorio español en cincuenta y dos provincias, votaron las leyes relativas al ejército y la armada, redactaron un proyecto de código penal y reformaron la beneficencia pública. Mas no se calmó con tan acertadas medidas el furor de los partidos. La Prensa se expresaba cada vez con más violencia; se fundaban nuevas sociedades políticas; afiliábanse los realistas á la «Concepción» ó á «El Angel Exterminador»; los liberales hacían gala de llevar al dedo el anillo de los «Amigos de la Constitución», y los oradores más populares tronaban en la Fontana contra la reacción y sus cómplices. Las calles de Madrid, Barcelona, Zaragoza, Granada, Cádiz, Sevilla y otras poblaciones eran teatro de constantes tumultos y asonadas. Las autoridades, amenazadas por los absolutistas, espiadas por los radicales, mal sostenidas por el gobierno, se declaraban impotentes, presentando la dimisión ó pidiendo ser residenciadas. La vara de la justicia les era arrebatada de las manos por la insurrección, ó sostenida en ellas por el capricho popular.

En mil ochocientos veintidós, hubo nuevas elecciones de diputados á cortes: los exaltados triunfaron en la mayoría de los colegios, y Riego fué llevado á la presidencia de la Cámara. El Rey y sus consejeros secretos habían logrado lo que se proponían, que no